



ISSN: 1699-4949

nº 3, abril de 2007

Monografía
La anécdota en el siglo XVIII

La anécdota, un género breve: Chamfort

Dolores Jiménez
Universitat de València

El término *anecdote*, atestado por vez primera en 1654 en Guez de Balzac, está unido, por su sentido etimológico, a la *Historia*, por un lado, y a la *expresión de lo inédito* por otro (*Anecdota* de Procopio). La anécdota se pone al servicio de ciertos desafíos esenciales de la escritura, y es de uso múltiple: es, ante todo, una técnica de publicación ideal para expresar la novedad y la singularidad de *realia* consideradas irreductibles. En textos permanentemente tensionados por una lucha interna entre su vocación totalizante y la puesta en escena de una experiencia específica, las anécdotas realizan una manera de decir sin pulir, digresiva, que garantiza verosimilitud e integridad en los fragmentos de realidad que aparecen aislados, confinados y puestos de relieve por, en, ellas. En virtud de su aptitud para decir la verdad, la anécdota aparece para autorizar el testimonio y proclamar la autenticidad de lo dicho: la anécdota, concebida como verdadero ‘efecto de realidad’, participa no tanto de un ‘dejar ver’ como de un ‘hacer creer’, argumento indispensable de la recepción de la diégesis.

La anécdota es un recurso paralelo al recuerdo, complementario: si el primero remite a una realidad vivida por el autor, más o menos fabulada, la segunda reenvía a referencias culturales que, presentadas en forma de micro-relatos, procuran al texto envergadura y peso, los que procuran la experiencia y la erudición.

Pero si bien la anécdota es un recurso innegable de legitimación de lo escrito, representa además un observatorio excepcional de las intenciones del mismo texto: como relato corto de hechos curiosos, se carga de un potencial de ejemplaridad que la

* Artículo póstumo editado por Lydia Vázquez a partir de las notas de la autora cedidas por José Luis Canet.

hace apta para sustentar un proceso discursivo, ya sea científico, moral o religioso. Fruto de una selección que nada debe al azar, sometiendo en ocasiones a la realidad a una recomposición que concentra su sentido, juega, al igual que los *exempla*, el rol de pinturas edificantes, de aforismos en imágenes que, reunidos, ordenan los acontecimientos del relato dentro de una visión interpretativa más o menos homogénea del mundo y del Otro. Y, a pesar de su dispersión intrínseca, pueden organizarse en programas y tejer un discurso en filigrana que exponga las lecciones del texto con mayor persuasión, en tanto que no aparece como directamente intencional ni intencionada. En suma, la anécdota es un género, breve, dentro o fuera del relato, pero también dentro o fuera de la escena dramática, que se busca a sí mismo a través de la búsqueda de nuevas verdades.

Pues bien, a la constitución de la anécdota como género contribuyó todo el siglo XVIII, pero de manera especialmente relevante uno de los textos anecdóticos más originales de finales del siglo XVIII: *Maximes et pensées. Anecdotes et caractères* de Nicolas de Chamfort¹.

Sébastien-Roch-Nicolas Chamfort nació en 1741² en un pequeño pueblo cerca de Clermont en Auvergne. De padre desconocido, añadió él mismo a su nombre, Nicolas, el apellido de Chamfort con ocasión de su entrada en sociedad. Fue a París a estudiar, como becario, al colegio de Grassins, donde fue alumno indolente, hasta que, tras la retórica, consiguiese los cinco primeros premios de la universidad. Sin apoyos, de formación autodidacta e independiente, el joven Chamfort luchó contra la miseria haciendo de negro para distintos predicadores, para quienes componía sermones, o trabajando a destajo para diferentes periódicos³. A partir de 1764, le sonrió la fortuna que con tanto ahínco había buscado: la Academia francesa⁴ premió su epístola *La Naissance d'un petit-fils*, y la Comédie-Française puso en escena su *Jeune Indienne*, que fue muy aplaudida. Ambos éxitos le facilitaron la entrada a los círculos mundanos donde gracias a su ingenio, a sus dotes para la conversación, a su físico agraciado, a su juventud y a la elegancia de sus maneras, logró los favores de mujeres como de hombres. Pero esos comienzos brillantes habrían de hacerle aún más dolorosos sus consiguientes fracasos: su *Homme de lettres*, discurso enviado al concurso de 1766, fue vencido por el *Poète* de Laharpe; su *Ode sur les volcans*, dirigida a la Acade-

¹ La edición del texto del moralista data de 1794, pero la comúnmente utilizada es la de Louis Ducros para Larousse (París, 1929), que seguiremos en estas páginas.

² Cf. Maurice Pellisson (1850-1915), *Chamfort: étude sur sa vie, son caractère et ses écrits*. París, Lecène, Oudin.

³ Cf. Introducción a *Œuvres complètes de Chamfort*. París, Chaumerot, 1824.

⁴ Cfr. Tyrtée Tastet, *Histoire des quarante fauteuils de l'Académie française depuis la fondation jusqu'à nos jours, 1635-1855*, t. II. París, Lacroix-Comon, 1855.

mia de Marsella, fue rechazada por haber llegado fuera de plazo. No obstante, esta misma Academia le premió, dos años después, su respuesta a la pregunta «Combien le génie des grands écrivains influe sur l'esprit de leur siècle?». Y un nuevo premio le fue concedido por la Academia francesa, el premio a la elocuencia, por su *Éloge de Molière*. Al año siguiente, el poeta laureado fue objeto de un nuevo reconocimiento por su comedia del *Marchand de Smyrne*, representada en 1770, pero el éxito no acompañaba su salud, que se deterioró rápidamente, así como su vista, que perdió casi por completo.

Aceptó, no sin reticencias debido a su carácter independiente, y tras reiterados ruegos de su amigo y académico Chabanon, una pensión de 1.200 libras sobre el *Mercure*. Su nueva situación, más desahogada, le permitió ir a curarse a Contrexeville, ciudad balnearia, donde tomó las aguas, que restablecieron en parte su salud, tras lo cual, se retiró al campo para dedicarse exclusivamente a escribir. En esta misma época, la Academia de Marsella propuso a concurso el *Éloge de La Fontaine*, al que se presentó Chamfort. Pero Laharpe hizo también firme su candidatura. Necker, protector de Laharpe, y al que no cabía ninguna duda al respecto del éxito de su protegido, aumentó en 2.000 libras el valor de la medalla, como premio apenas encubierto a su favorito. Chamfort se llevó el premio.

Ya en su época algunas de sus obras fueron controvertidas, como su tragedia *Mustapha et Zéangir*, puesta en escena ante la corte en 1776, en Fontainebleau. Laharpe cuenta que se puso de moda entre los cortesanos comentar que «qu'on ne savait ce qu'il fallait admirer le plus dans l'auteur, ou son génie, ou son âme». Maliciosa manera de traducir la impresión de frialdad que producía esta obra, construida, según el crítico, *à bâtons rompus*, carente de ímpetu trágico y de interés temático. Su fuerza residiría exclusivamente en las bellas cualidades de su estilo, que harían decir a Voltaire, al leer el cuarto acto: «Diantre! C'est du Racine cela!».

Por aquel entonces, el príncipe de Condé le confió el puesto de secretario de sus dominios, pero tras un breve período en el que intentó cumplir con el puesto que le había sido encomendado, decidió, esta vez, pensaba él, definitivamente, retirarse de la vida mundana. Primero en Auteuil, en casa de Madame Helvétius, que había sido su protectora, y después con ella en Etampes. Tal unión no la provocó el amor, afirmado por él mismo en su correspondencia a un amigo, sino algo más elevado y más completo: «il y avait plus et mieux que de l'amour, puisque c'était une réunion complète de tous les rapports d'idées, de sentiment et de position». Madame Helvétius, algo mayor que Chamfort, le procuró una existencia dulce en su compañía, hasta su muerte repentina, unos meses después. Chamfort la lloró, y decidió volver al torbellino mundano. Obtuvo en su seno más éxito que nunca, gracias a su pulido ingenio, y a la independencia creciente de sus maneras. El conde de Vaudreuil, señor especialmente refinado, entusiasmado por el personaje, obtuvo para él la plaza de lector

de Madame Élisabeth, hermana del rey. Para ella compuso Chamfort un interesante *Commentaire sur les fables de La Fontaine*. Cuando estalló la Revolución, se alió a la causa revolucionaria, por la que sacrificó pensiones, cargos, su alojamiento en el Palais-Royal, y su bienestar. Aceptó trabajar en la redacción de la parte literaria del *Mercur*, para el que redactó importantes artículos, por ejemplo, sobre las *Mémoires* de Duclos o las del duque de Richelieu, relevantes en particular por el interés de las consideraciones morales o políticas, el nervio y la rapidez de su pensamiento, la originalidad de su estilo, y en concreto la cuidada selección de anécdotas. El ministro Roland, marido de la célebre memorialista Madame Roland, le nombró conservador de la Biblioteca Nacional, puesto que le supuso por un tiempo cierta holgura económica, pero que le haría más tarde caer en desgracia. Indignado por los excesos revolucionarios, no dudó en denunciarlos con una frase que se habría de hacer famosa: «Sois mon frère ou je te tue!», le parecía traducir ese falso espíritu revolucionario, y en realidad tiránico. Ese fue el principio de su camino hacia la guillotina. Detenido, fue conducido, junto con su sobrino, el abate Barthélemy, a la prisión de las Madelonnettes. Unos días después fue liberado, pero juró que no volvería vivo. Cuando, un mes después, fueron de nuevo a detenerlo a su casa, se retiró un momento a su despacho, para suicidarse. Se dispara a la cabeza pero no consigue matarse, sólo destrozarse la cara. Al ver que no moría, se abre garganta, pecho y piernas a golpe de cuchilla. A pesar de lo terrible de las heridas, sobrevivió a ellas, abandonó su puesto en la Biblioteca Nacional, y se retiró en un lúgubre sótano, donde pensaba seguir trabajando cuando le sorprendió la muerte, consecuencia de una de sus viejas enfermedades, el 13 de abril de 1794.

A pesar de su brillantez, de su inteligencia, de la rectitud de su moral y de su pensamiento, Chamfort se vio siempre menospreciado por no haber “escrito una obra de gran envergadura”. Durante mucho tiempo, hasta una época muy reciente, no se reconoció el valor de sus *máximas y pensamientos*, de sus *anécdotas y caracteres*. Esta literatura breve ha sido, en efecto, considerada como un subgénero, como un género menor, de la literatura. Estimado fruto del ingenio, de la chispa, más que del genio, este tipo de literatura ha sido menospreciado tradicionalmente por la crítica, y tan sólo desde hace unos años se ha reconocido a Chamfort como uno de los grandes escritores de la época revolucionaria.

Como anécdota sobre nuestro autor, podemos contar que Chamfort fue el verdadero autor del discurso de Mirabeau sobre (o, más bien, contra) las Academias para la Constituyente, y que fue calificado como *parricida* por ello. Vio, además, su discurso desdeñado, puesto que las Academias fueron conservadas y transformadas en *Institut national*.

Esta doble introducción a la anécdota y a Chamfort nos sirve para subrayar no sólo la importancia sino también la especificidad de este género de la anécdota, muy

practicado en el siglo XVIII, pero raras veces llevado a las cumbres literarias, como en el caso de Chamfort. Género breve, hecho de brillantez y de verdad, de digresión y de complejidad en el progreso de la composición, de mordacidad y de complicidad con el lector, la anécdota pasa de ser una historia descentrada, marginal, *à part*, para convertirse en el auténtico centro donde reside la verdad de la Historia.

Las anécdotas de Chamfort, y valga la aproximación, son hasta tal punto ejemplares, que pueden presentarse como prototípicas de un género que se constituye como tal, autónomo y *mayor*, en el siglo de las Luces. De ahí que nos hayamos propuesto, con toda prudencia y cautela, llevar a cabo una reconstrucción de las características del género anecdótico a partir de la obra analizada de nuestro autor:

1º.- La primera de las características del género anecdótico es su introducción como relato o bien de un hecho vivido, o bien, en forma de *discours rapporté*, de lo sucedido a una tercera persona. Este recurso suele ser más habitual, pues se pone al servicio de la polifonía, tan apreciada y practicada por la literatura de la época. Así, por ejemplo, la siguiente anécdota reveladora de las desavenencias en el seno del clero en este momento histórico de la Francia prerrevolucionaria:

On sait le discours fanatique que l'évêque de Dol a tenu au roi, au sujet du rapport des protestants. Il parla au nom du clergé. L'évêque de Saint-Pol lui ayant demandé pourquoi il avait parlé au nom de ses confrères, sans les consulter: j'ai consulté, dit-il, mon crucifix. –En ce cas, répliqua l'évêque de Saint-Pol, il fallait répéter exactement ce que votre crucifix vous avait répondu (p. 84).

2º.- En segundo lugar, la anécdota suele tener como protagonista o a un personaje notable (presentado por sus iniciales 'nobles' o por su nombre o título completos) o al propio autor (también notable):

C'est un fait avéré que Madame, fille du roi, jouant avec une de ses bonnes, regarda à sa main, et, après avoir compté ses doigts: «comment! dit l'enfant avec surprise, vous avez cinq doigts aussi, comme moi?» et elle recompta pour s'en assurer (p. 85).

3º.- La anécdota traduce un carácter (por ello puede estar inserta en un retrato caracterial), un sentimiento de clase, un estado social, un conflicto político,... es decir, la anécdota es, como la mayoría de los géneros breves, de esencia didáctica, moralista:

Madame De Tencin, avec des manières douces, était une femme sans principes et capable de tout, exactement. Un jour on louait sa douceur: «oui, dit l'abbé Trublet, si elle eût eu intérêt de vous empoisonner, elle eût choisi le poison le plus doux» (p. 86).

4º.- Lo que no quiere decir que la 'moral' de la anécdota sea siempre conforme al orden social establecido. Así, Chamfort se rebela contra la 'nueva' moda de la sensibi-

lidad que invade vida cotidiana y arte:

M. de Tressan, autrefois amant de Madame de Genlis, et père de ses deux enfants, alla, dans sa vieillesse, les voir à Sillery, une de leurs terres. Ils l'accompagnèrent dans sa chambre à coucher et ouvrirent les rideaux de son lit, dans lequel ils avaient fait mettre le portrait de leur défunte mère. Il les embrassa, s'attendrit; ils partagèrent sa sensibilité: et cela produisit une scène de sentiment la plus ridicule du monde (p. 139).

5º.- La anécdota es una *pointe*, una *saillie*, es un ejemplo de brillantez de ingenio. La ocurrencia, la sorpresa, el sentido del humor, son caracterizantes obligados de todo anecdotario. El de Chamfort es uno de los más brillantes ejemplos. Si utiliza el diálogo es precisamente por el gusto de la réplica deslumbrante y en general socarrona, ya que tiene por objeto colocar al interlocutor en su sitio (social):

M. d'Argenson disait à M. le comte de Sébourg, qui était l'amant de sa femme: «il y a deux places qui vous conviendraient également: le gouvernement de la Bastille et celui des Invalides; si je vous donne la Bastille, tout le monde dira que je vous y ai envoyé; si je vous donne les Invalides, on croira que c'est ma femme» (p. 86).

6º.- La anécdota puede necesitar de una explicación contextualizadora, que el autor asume, reconociéndose así como historiador legitimado de 'la vida cotidiana' de la época referida. La explicación es la que completa la anécdota, que no sería tal sin ella:

Dans les dernières années du règne de Louis XV, le roi, étant à la chasse et ayant peut-être de l'humeur contre Madame Dubarry, s'avisa de dire un mot contre les femmes; le maréchal de Noailles se répandit en invectives contre elles, et dit que, quand on avait fait d'elles ce qu'il faut en faire, elles n'étaient bonnes qu'à renvoyer. Après la chasse, le maître et le valet se retrouvèrent chez Madame Dubarry, à qui M. de Noailles dit mille jolies choses. «Ne le croyez pas», dit le roi, et alors il répéta ce qu'avait dit le maréchal à la chasse. Madame Dubarry se mit en colère, et le maréchal lui répondit: «Madame, à la vérité, j'ai dit cela au roi; mais c'était à propos des dames de Saint-Germain, et non pas de celles de Versailles». Les dames de Saint-Germain étaient sa femme, Madame de Tessé, Madame de Duras, etc. Cette anecdote m'a été contée par le maréchal de Duras, témoin oculaire (p. 113).

7º.- El historiador anecdótico, o de la 'vida cotidiana', es coleccionista. Así, no sólo parte en busca de acontecimientos y sobre todo de lides verbales, sino que acumula anécdotas que escucha, le aportan, lee...:

Louis XV ayant refusé vingt-cinq mille francs de sa cassette à Lebel, son valet de chambre, pour la dépense de ses petits appartements, et lui disant de s'adresser au trésor royal, Lebel lui répondit: «pourquoi m'exposerais-je au refus et aux

tracasseries de ces gens-là, tandis que vous avez là plusieurs millions?». Le roi lui répondit: «je n'aime point à me dessaisir; il faut toujours avoir de quoi vivre». *Anecdote contée par Lebel à M Buscher* (p. 138, la cursiva es original).

8º.- El contenido de las anécdotas es clasificable :

a) De las 'pequeñas' 'maneras políticas'. Así, en los siguientes casos, aprendemos cómo se enviaba una carta al rey dejando un margen para la respuesta del monarca, que venía escrita en la misma misiva, o cómo se tomaban las grandes y pequeñas decisiones en las altas esferas políticas:

Le feu roi était, comme on sait, en correspondance secrète avec le comte de Broglie. Il s'agissait de nommer un ambassadeur en Suède; le comte de Broglie proposa M. de Vergennes, alors retiré dans ses terres, à son retour de Constantinople; le roi ne voulait pas, le comte insistait. Il était dans l'usage d'écrire au roi à mi-marge, et le roi mettait la réponse à côté. Sur la dernière lettre le roi écrivit: «je n'approuve point le choix de M. de Vergennes; c'est vous qui m'y forcez: soit, qu'il parte; mais je défends qu'il amène sa vilaine femme avec lui». *Anecdote contée par Favier, qui avait vu la réponse du roi dans les mains du comte de Broglie* (p. 138, la cursiva es original).

M. de Saint-Germain demandait à M. de Malesherbes quelques renseignements sur sa conduite, sur les affaires qu'il devait proposer au conseil: «décidez les grandes vous-même, lui dit M. de Malesherbes, et portez les autres au conseil» (p. 168).

b) De las 'pequeñas' 'maneras' de *savoir-vivre*. Dentro de su carácter moralizante, el anecdotario es un género híbrido que tiene mucho de manual de buenas maneras:

Un homme buvait à table d'excellent vin, sans le louer. Le maître de la maison lui en fit servir de très médiocre. "Voilà du bon vin, dit le buveur silencieux. – C'est du vin à dix sous, dit le maître, et l'autre est un vin des dieux. –Je le sais, reprit le convive; aussi ne l'ai-je pas loué: c'est celui-ci qui a besoin de recommandation» (p. 141).

c) De las 'pequeñas' corruptelas sociales. Como en el resto de la literatura ilustrada, el clero es una de las clases más denostadas en los anecdotarios, y en concreto en el de Chamfort. Tampoco los libertinos salen bien parados :

Quand l'archevêque de Lyon, Montazet, alla prendre possession de son siège, une vieille chanoinesse de ***, sœur du cardinal de Tencin, lui fit compliment de ses succès auprès des femmes, et entre autres de l'enfant qu'il avait eu de Madame de Mazarin. Le prélat nia tout et ajouta: «Madame, vous savez que la calomnie ne vous a pas ménagée vous-même; mon histoire avec Madame de Mazarin n'est pas plus vraie que celle qu'on vous prête avec m le cardinal. –En ce cas, dit la chanoinesse tranquillement, l'enfant est de vous» (p. 140).

Un jeune homme sensible, et portant l'honnêteté dans l'amour, était bafoué par des libertins qui se moquaient de sa tournure sentimentale. Il leur répondit avec naïveté: «est-ce ma faute à moi si j'aime mieux les femmes que j'aime que les femmes que je n'aime pas» (p. 88).

d) La anécdota, como todo género ilustrado, y más en manos de Chamfort (ya hemos dicho lo que pensaba de las Academias), es instrumento privilegiado de crítica de las instituciones:

Un jour que l'on ne s'entendait pas dans une dispute à l'Académie, M. De Mairan dit: «messieurs, si nous ne parlions que quatre à la fois!» (p. 89).

e) La anécdota, como muchos de los géneros breves, es más feminista que lo que podría creerse. Así como hubo muchas mujeres maximalistas en el siglo⁵, también las hubo anecdóticas. En el caso de las anécdotas de Chamfort, suelen ser unas *rapporteuses* de anécdotas privilegiadas, y cuando son las protagonistas de las mismas, o bien muestran un carácter firme y despótico que las hace temibles, o bien son objeto de loa por su inteligencia, su ingenio, su destreza en los asuntos políticos y sociales, y por su influencia en todos los asuntos de Estado. En este caso, Marivaux, uno de los grandes feministas de la primera mitad del siglo, es tomado como testigo y difusor del ingenio expresivo femenino:

Marivaux disait que le style a un sexe et qu'on reconnaissait les femmes à une phrase (p. 168).

f) La anécdota ilustra sobre las costumbres de otros países, dentro de una moda que fue de la época, de forjar los retratos de las distintas naciones europeas. La nación inglesa, por su competencia ancestral con la francesa, es una de las más retratadas. Ni que decir tiene que la anécdota sirve en estos casos para subrayar la esencia 'canalla' de dicha nación. También las mujeres son objeto de retrato nacional:

Il est d'usage en Angleterre que les voleurs détenus en prison et sûrs d'être condamnés vendent tout ce qu'ils possèdent, pour en faire bonne chère avant de mourir. C'est ordinairement leurs chevaux qu'on est le plus empressé d'acheter, parce qu'ils sont pour la plupart excellents (p. 175).

M. me disait: «j'ai vu des femmes de tous les pays; l'italienne ne croit être aimée de son amant que quand il est capable de commettre un crime pour elle; l'anglaise, une folie; la française, une sottise» (p. 85).

9º) La anécdota introduce la supradiégesis. O dicho de otro modo, incluye al lector como interlocutor directo al que se dirige el autor, que se pone a sí mismo en escena como protagonista, en primera, o en tercera persona. En general, domina el arte de la

⁵ Cfr. Rosa de Diego y Lydia Vázquez, *Mujeres maximalistas*, Castelló, Ellago eds., 2005.

saillie como los más notables e ingeniosos de sus personajes. En el caso de Chamfort, habla de sí mismo en tercera persona y se nombra como *Chamfort*:

Rullière lui disait un jour: «je n'ai jamais fait qu'une méchanceté dans ma vie. – Quand finira-t-elle?» demanda Chamfort (p. 179).

M. De Vaudreuil se plaignait à Chamfort de son peu de confiance en ses amis. Vous n'êtes point riche, lui disait-il, et vous oubliez notre amitié. –Je vous promets, répondit Chamfort, de vous emprunter vingt-cinq louis quand vous aurez payé vos dettes (*ibid.*).

10º.- La anécdota es, como hemos visto, especular. También lo es desde el punto de vista formal. Es decir, que el autor de anécdotas no sólo gusta de ponerse a sí mismo en escena, sino de tratar la literatura como tema anecdótico, y de loar la brevedad, esencia de la anécdota. En *Jacques le fataliste*, en el episodio anecdótico del poeta de Pondicherry, vemos a Diderot practicando el género en el interior de su novela en forma de micro-relato. Aquí, a Chamfort le bastan dos líneas:

Un poète consultait Chamfort sur un distique: «Excellent, répondit-il, sauf les longueurs» (p. 179).

En suma: de características muy semejantes a géneros hermanos como el de la máxima, el proverbio, el cuento o la fábula, la anécdota, enriquecida por la pasión por la Historia que fue la de su época, breve, brillante, sorprendente, ingeniosa, ejemplificadora, se abre paso en la urgencia divulgadora de las Luces y justiciera de la Francia prerrevolucionaria y revolucionaria como un fogonazo artístico cuyo resplandor todavía hoy nos ciega. Chamfort contribuye a esa refulgencia.